

# CRONICA RETROSPECTIVA

## *Ravel ante sí mismo*

### LA UNIDAD DE LAS ARTES

Para mí no ha habido nunca varias artes, sino sólo una. La música, la pintura y la literatura difieren solamente como sus medios de expresión. De esta forma, no existen varias clases de artistas, sino varias clases de especialistas en cada arte. La necesidad de especializarse se hace cada vez mayor, a medida que nuestro campo de conocimientos se ensancha; porque nada, incluso en arte, puede ser adquirido sin un tenaz estudio. En consecuencia, se empieza a hacer imposible para nosotros seguir el ejemplo de Leonardo da Vinci, que se disciplinó en varias técnicas para ser «amateur» de todas las artes, ¡incluso la pintura!

Por lo que a mí se refiere, nací ciertamente para ser músico; mas si no soy escritor, se debe en exclusivo a la inhibición del impulso de serlo. Puedo afirmar, por ejemplo, que cuando leo, mi actitud es la de un profesional, lo hago como si fuera un escritor. Lo mismo me ocurre con la pintura. Miro a un cuadro, no con los ojos de un amante de la pintura, sino con los del pintor.

### EL PIANO Y LA COMPOSICION

En la escuela, el único estudio que me divertía era el de las matemáticas, para la gran alegría de mi padre, que era ingeniero. Mi madre, que era vasca y, como toda la gente de ese país, música, hubiera preferido observarme un poco más celoso de mis estudios de piano. Pero simplemente me fastidiaban. No obstante, desde el primer minuto en que me consagré al estudio de la Composición, todo vino a demostrar-me que mi verdadero camino iría en

aquella dirección. ¡Hasta me distraía en ocasiones! Lo que no es extraordinario después de todo, ya que mi interés por las matemáticas me conducía derechamente hacia el de la música. Me interesaba de tal manera que, holgazán inveterado como yo había sido hasta entonces, empecé a trabajar de noche tanto como de día,—costumbre que, desgraciadamente para mi salud, ha persistido.

Mi profesor, Charles René, me ofrecía ejercicios de Composición cuando yo no contaba más de dieciséis o diecisiete años. Pero hasta tres o cuatro años más tarde no me consagré a más serios propósitos que aquellos ejercicios. Hice algunas pequeñas piezas antes, que permanecieron cuidadosamente ocultas. En el Conservatorio entré al mismo tiempo como estudiante de Composición y pianista. En este aspecto fui miembro de la clase de Camille de Bériot, quien pronto cayó en la cuenta de que mientras yo tenía el temperamento de un artista, demostraba un mínimo de celo como ejecutante.

### PRIMERAS INFLUENCIAS Y MAESTROS

Hubo un tiempo en el que comencé a hacer continuos descubrimientos en las obras de mis autores favoritos, presintiendo, a la vez, que yo tenía algo que decir en otra dirección. Las influencias que experimenté en aquel tiempo me confirman en mi creencia de que *no hay* varias clases de arte. Caí bajo la verba de un músico: Chabrier. Aunque todavía no se le reconoce el rango que merece, en la música moderna francesa todos derivan de él

en cierto modo. Jugó, en la música, un papel igual al de las pinturas de Manet. El descubrimiento de Debussy fué poco menos que una revelación para mí, hacia la que, por otra parte, me había preparado Chabrier. Y si yo he estado influido por Debussy, lo fuí deliberadamente y sentí siempre que no podría escapar a esta influencia, cualquiera que fuese el camino elegido. En ningún caso acepté por completo los principios de Debussy. Creo que esto será obvio para cualquiera. De hecho, en lo que se refiere a la técnica musical, mi maestro ha sido ciertamente Edgar Allan Poe. Para mí, el más agudo tratado de Composición, aquel que me ha influido más, es el ensayo de Poe sobre la génesis de un poema. Mallarmé, por el contrario, afirma que ese ensayo fué escrito como una broma. Firmemente creo que Poe escribió su poema «El Cuervo» exactamente como dice que lo hizo.

#### LA VOLUNTAD DE RENOVARSE

Mi pasión por descubrir cosas nuevas en la literatura, en la pintura y en la música no fué tan sólo un fenómeno de mi juventud. La he mantenido siempre, sobre todo en lo que se refiere a mí mismo. Es esta pasión de descubrir la que siempre me ha impulsado a tratar de renovar mi propio arte. Nunca he dado por terminada una obra hasta que he estado en absoluto cierto de que no queda en ella cosa alguna que pudiera mejorar. Mi gran inquietud se produce en esos momentos de darla término. Después, ya no vuelvo a interesarme por ella. Nunca he intentado escribir en el estilo de Ravel. Si encontré modos de expresarme a mí mismo, dejo a los demás el cuidado de descubrirlos. Si se quiere acusarme de inconsistencia, lanzándome mis primeros trabajos a la cabeza, santo y bueno. Sé que un artista consciente tiene siempre razón. Digo «consciente» en vez de «sincero», porque hay algo de humillante en el último término.

#### EL ARTE Y LA SINCERIDAD

Un verdadero artista no puede ser sincero. Lo imaginario, lo falso, si se quiere, empleado para crear una ilu-

sión, es una de las grandes superioridades del hombre sobre los animales y, cuando se consagra a crear una obra de arte, el artista alcanza un grado más de superioridad sobre el resto de los humanos. Quienquiera que sea que permanezca fiel a la llamada espontaneidad, tan sólo balbucea.

En el arte, lo que no es significativo, debe rechazarse. Massenet, que estuvo tan altamente dotado, se malbarata por su excesiva y grande sinceridad. Escribió, literalmente, todo lo que se le pasaba por la cabeza; con el consiguiente resultado de malgastar sus energías diciendo las mismas cosas una y otra vez. Lo que pensó que eran hallazgos, tan sólo fueron reminiscencias. En realidad, los artistas rara vez ejercen lo bastante el control riguroso sobre sí mismos. Después de todo, ya que no podemos decir lo que tenemos que decir sin deliberadamente explotarlo, al *traducir en arte* nuestras propias emociones, ¿no es mejor por lo menos ser conscientes de este hecho y comprender que el gran arte es simplemente una forma suprema de aparentar lo que sentimos? Eso que la gente en ocasiones califica en mí de carencia de sentimiento es tan sólo mi escrupulos o cuidado de evitar decir lo superfluo y sin importancia.

En cuanto a los cargos que se hacen en mi contra de escribir «tan sólo obras maestras», o, lo que es lo mismo, de crear obras que no me permiten decir nada más en ese particular idioma, puedo contestar que, de ser cierto, yo hubiera sido el primero en saberlo. Lo que no me habría permitido otra alternativa que la de dejar de trabajar o matarme. Digo esto, a despecho del ejemplo que nos dió el Señor, quien se tomó un largo descanso después de crear el mundo... ¡qué era tan defectuoso!

(Del artículo «Mes souvenirs d'enfant paresseux», escrito por Ravel poco antes de su muerte, en uno de los escasos momentos de lucidez que le permitió su postrera enfermedad. Este artículo fué publicado por el diario «Paris-Soir», pocos días después del 28 de Diciembre de 1937, en que murió el maestro).